

"LA VERDAD ES QUE LA FALANGE NI RIGE TODAVÍA UN ESTADO PROPIO —PORQUE NO ESTÁ CONSTRUÍDO— NI COMBATE YA UN ESTADO ENEMIGO, QUE QUEDÓ DERRUMBADO"

DISCURSO DEL MINISTRO VICESECRETARIO DEL PARTIDO

Venimos aquí a clausurar las sesiones de vuestro V Congreso, cuyos trabajos constituyen un nuevo testimonio de cómo bajo un mando fundado en el más noble ascendiente la Sección Femenina cumple cada día su empresa trascendental y delicada. Las conclusiones que acaban de leerse muestran la extensa ambición de vuestros trabajos, a los que las reuniones de estos días imprimirán, si cabe, nuevo ardor y, desde luego, cada vez más concreta precisión y más eficaz sistema. Pero no son estas tareas las que quiero subrayar ahora, ni vuestra labor de formación de jerarquías, tan prometedoramente avanzada ya; ni la obra de las visitadoras, una de las primeras vanguardias del Movimiento; ni la de las Escuelas del Hogar, ni tantos otros objetivos de vuestro servicio permanente. Quiero más bien señalar en este momento la actitud con que la Sección Femenina asiste a la ocasión política de España.

Cuando vivimos tiempos de lucha tremenda para crear los instrumentos y los efectos de la reconstrucción; cuando los llamados a mayor responsabilidad de Gobierno tienen que resolver en acción, diariamente agotadora, su amargura por el dolor y el hambre de España, no son pocas las gentes que nos cercan con una desasistencia de la que parece que han sido raídas todas las virtudes de la compañía humana: desde la disciplina hasta la caridad. En la sequedad de este contorno, la Falange femenina levanta el claro ejemplo del auténtico consuelo que su prisa y su esperanza, su silencio y su fe, llevan a quienes están más empeñados en el combate que la victoria sostiene todavía con la herencia de la derrota.

EL MOMENTO PRESENTE DE LA FALANGE

Pero a nosotros toca no desconocer la tácita y delicada pregunta permanente que late detrás de esa actitud vuestra. Una pregunta que si encuentra en vosotras la expresión más limpia y entrañable se formulan también a diario nuestros mejores camaradas y tanta gente de España. La pregunta sobre el momento presente de la Falange; la pregunta sobre la proporción entre los problemas actuales de España y las posibilidades actuales del Partido.

Porque la verdad es que la Falange ni rige todavía un Estado propio —porque no está aún construído— ni combate ya un Estado enemigo, que quedó derrumbado.

El Partido viene así a encontrarse en la más enojosa de las situaciones de tránsito, despojado del proselitismo que emana de la plena obra del Gobierno y del propio de la demagogia revolucionaria que otros movimientos semejantes han desplegado para la conquista del Estado en un régimen de lucha abierta.

A la Falange le ha tocado prestar en estos tiempos su peligroso servicio de eclipse parcial. Tiene que actuar en las circunstancias más difíciles, disminuía por un grave sustrato de heterogeneidad política que a veces reduce a cero el resultado visible.

Y así, cuando mayor es la necesidad de España, nuestra empresa falangista tropieza no ya con las dificultades exteriores y materiales inevitables, sino con la deficiencia y la complejidad del instrumento mismo que tiene que vencerlas. Porque, en realidad, no se trata aquí de una política que tropieza con obstáculos, sino de una política que por efecto inevitable del curso de la más reciente Historia de España, no está acabada de constituir. En efecto; la falta de autenticidad de la política española, sobre todo a partir de la pasada guerra europea, prolongó artificialmente la existencia de las más falsas posiciones. De tal forma, que precisamente

el no haber resuelto de verdad ninguna de aquellas pugnas, normales al fin y al cabo, y proporcionadas a un clima civilizado, nos condujo a la más atroz de las contiendas.

Pero la guerra, que dió gloria a todas las fuerzas que la hicieron, no pudo devolver la actualidad a las que con ella cumplieron su último servicio. Por eso todo lo que sea no entender la victoria como el vencimiento de los rojos, por una parte, y por otra como la liquidación histórica de las formas parciales y superadas de españolidad, es hacerla ambigua.

De la guerra surgen el Caudillo, con el valor de la primera representación objetiva e históricamente ineludible de la nueva unidad de España; un proyecto, el único posible, de vida española, encarnado en el propósito de la Falange, y unos hombres, vengan de donde vinieren, que entienden esta trayectoria y la sirven arduosamente.

Este foco inicial de unidad española tiene que ganar o reducir toda la descaminada heterogeneidad política, que quiere prolongar su vía muerta en el gobierno o en la administración, la opinión o las costumbres. Y al mismo tiempo afrontar con tal inevitable compañía y con una máquina administrativa y económica destrozada los más peligrosos problemas que se plantearon a España en más de un siglo.

La Falange tiene, pues, ante sí la ardua tarea de conquistar el Estado en un clima aparente de poder; de huir lo mismo de una demagogia, que sería póstuma, que de una madurez, que sería prematura; de conservar el incipiente contorno fundador y dar cabida a un aluvión heterogéneo, cuyo fraccionamiento político sólo coincide en los atroces caracteres de la exacerbación y el encono.

No se trata, pues, de una fuerza política que maneja con mayor o menor acierto el Estado, sino de un núcleo inicial, titular del único proyecto posible de vida española, que al mismo tiempo tiene ante sí estas tres tareas: crear una fuerza política unitaria, fundar con ella un Estado y resolver con ese Estado los más agudos problemas de reconstrucción interior y de política exterior.

LA ACTUAL OPINION PUBLICA ESPAÑOLA

Pero la acción fundadora de esta minoría se desarrolla en el seno de una opinión pública que sin exageración puede calificarse de atroz y desalentada. Una opinión ligera e incoherente entregada al campeonato de la insensatez y del rumor absurdo, a la cateta expectativa crédula y maliciosa, que espera cada mañana desde el pronunciamiento hasta el paracaidista; propicia siempre a la interpretación chabacana, aviesa o desalentada; de la que son consecuencias políticas ineludibles—conocidas y combatidas por el mando—del tremendo azar político de España.

Nosotros entendemos cuánto hay de herencia y de enfermedad inevitables en la actitud de estos sectores de opinión. Nosotros entendemos que el anárquico fraccionamiento del ánimo de España no ha sido todavía reabsorbido por un régimen que implante en cada español una dosis de solidaridad mínima; nosotros entendemos que las formas de integración de la opinión pública de un Estado totalitario son bien diversas de las que, mejor o peor, funcionaron en la etapa liberal y democrática, y que por eso muchas gentes no saben cómo orientarse, tanto más cuanto que aún no han alcanzado, ni mucho menos, su plenitud los instrumentos del Partido para el encuadramiento y la educación de la masa; nosotros entendemos, por último, toda la avería moral que padece el hombre español de las últimas generaciones. Y todas estas causas nos conducen